

06

Perspectivas

Postmigración: Aportes para pensar la gestión cultural en sociedades cada vez más diversas

Por Diana Duarte Bernal

Docente del Magíster en Gestión Cultural, Facultad de Artes - Universidad de Chile. Investigadora asociada de la Universidad Abierta de Recoleta. Candidata al doctorado en Territorio, Espacio y Sociedad, Facultad de Arquitectura y Urbanismo - Universidad de Chile. Becaria ANID 2022- 21221617.

Migraciones y diversidad cultural en los diez años de esta revista

Hace diez años, al alero de un magíster en proceso de consolidación, en su primera editorial, esta revista se anunciaba como una plataforma plural e inclusiva de encuentro sobre la teoría y la práctica de la gestión cultural:

“Bajo estas premisas nace la Revista MGC, que desde el ámbito académico pretende propiciar una gestión cultural que adopte un papel central y protagónico en el ejercicio y fortalecimiento de nuestra cultura, valorando y respetando la diversidad cultural y los procesos de cohesión social” (Matthey, 2013, p. 4).

En coherencia con este enunciado, en los 19 números editados durante estos años (incluido este), no han sido pocos los aportes a la discusión sobre cómo hacer una gestión cultural más diversa e incluyente, que contribuya a la cohesión social. Solamente a manera de ejemplo, las ediciones N° 5 de 2015, N° 8 de 2016 y N° 13 de 2019, estuvieron dedicadas específicamente a temáticas asociadas con las identidades, los territorios y los derechos, conceptos que nutren y se entrecruzan en este debate.

Tal como lo planteé en el anterior artículo, que escribí para esta revista en su N° 18 (Duarte, 2021), desde hace un tiempo me interesa reflexionar sobre los desafíos que implica hacer gestión cultural, en una sociedad cuya configuración demográfica ha cambiado en los últimos años, especialmente como resultado de la llegada de personas que provenimos de otros países de la región. Ese texto se suma a los de otras/os autoras/es que han aportado en esa línea, como los de Soto (2015) y Póo (2015), que motivan a pensar las migraciones como un desafío a la mirada monolítica de las identidades y los territorios, considerando que las expresiones artísticas y culturales tienen la capacidad de permear las fronteras físicas y simbólicas, y de situar espacialmente la experiencia de la diferencia. También se suman los textos de Antoine (2019) y Facuse (2019), que estimulan los cuestionamientos sobre cómo la diversificación de la población incide en los procesos de producción y participación cultural, junto a la formación de públicos, toda vez que esta diversidad viene acompañada de nuevos contenidos, experiencias y afectos.





No obstante, en ese artículo mi mirada era más optimista. Atravesábamos un proceso constitucional en el que la expresión de la identidad y de las formas de vida, la presencia simbólica y la representación eran temas centrales de la discusión; sin embargo, es esa misma prioridad que se le dio a los derechos culturales, a la que se le atribuye buena parte del rechazo popular de la primera propuesta de cambio a la Constitución elaborada durante la dictadura. Además de la sentida desilusión que dejó ese proceso, esto también dio un nuevo enfoque al desafío para nuestro campo. Ya no solo debemos pensar en cómo hacer una gestión cultural incluyente -que respete la diversidad cultural-, sino que nos plantea el reto de pensar en cómo hacer gestión cultural en una sociedad que no está dispuesta a aceptar y reconocer la diferencia.

Prácticas artístico-culturales en contextos migratorios

Durante los últimos años, he estado trabajando de cerca con prácticas artístico-culturales de migrantes latinoamericanos/as que hemos llegado a vivir a Santiago. Esto, tanto en el marco de mi investigación doctoral, como al alero de "Archivos Migrantes"¹, plataforma para promover y visibilizar la vida cultural migrante. En particular, mi interés se ha concentrado en prácticas performáticas de personas y comunidades migrantes, incluyendo la danza, la música, festivales y carnavales, explorando las posibilidades que estas brindan para la expresión individual, la construcción de un hogar en un nuevo lugar de residencia, la creación de espacios de encuentro y la demanda de infraestructura básica para la participación cultural.

Esta inclinación hacia una perspectiva performativa de la cultura, invita a



pensar en la música y la danza como prácticas situadas. Esto es, que son realizadas en un tiempo y un espacio específicos, por cuerpos que traen consigo movimientos, sonoridades, afectos, memorias e identidades, y son puestos en escena en un contexto de recepción que puede, o no, sintonizar con el de producción. Desde esta perspectiva, la diversidad cultural deja de ser entendida como algo abstracto y se materializa en formas de ocupación y apropiación del espacio, que al entrar en contacto con maneras de significación espacial y códigos estéticos diferentes, tienen implícito un potencial de conflicto.

El encuentro con músicas y danzas foráneas en la esfera pública ocurre, tanto en las múltiples muestras multiculturales que, generalmente, son organizadas por instituciones educativas, municipales o diplomáticas, como en la proliferación de talleres, comparsas, festivales y carnavales, que suelen surgir de iniciativas autogestionadas. Unos y otros permiten evocar

recuerdos y costumbres del lugar de origen, pero también tienen la capacidad de alimentar la curiosidad y convocar personas atraídas por la diversidad y la novedad. Así como lo señala Póo (2015), incluso aquellos eventos que podrían derivar en una "folclorización estigmatizadora", han sido relevantes para visibilizar experiencias de la vida cotidiana compartidas colectivamente.

Además de la posibilidad de sostener este tipo de encuentros esporádicos con la diferencia, también se producen formas de organización más estables como elencos, agrupaciones musicales y/o folclóricas y comparsas, entre otras. En los casos que he observado más de cerca, la pertenencia a un colectivo nacional deja de ser uno de los factores que incide en la construcción de comunidades de práctica, mientras que sí lo son el interés o el gusto por un tipo de baile o música particular. Por ejemplo, en la más reciente versión del festival "Salsa a la Primavera, encuentro cultural de

¹ Archivos Migrantes es un proyecto creado en 2020, cuyo lema es "Cada persona que migra es una historia que se traslada. ¡Queremos conocer la tuya!". Ver más en www.archivosmigrantes.cl.

salsa y migración”², realizado en el odeón de la Plaza de Armas (comuna de Santiago), varias/os bailarinas/es y músicas/os expresaban que, sin importar la nacionalidad, “aquí todos somos salseros” (Nota de campo, 14 de octubre de 2023). Esto se repite en la configuración de agrupaciones dedicadas al festejo, la cumbia, el forró, las danzas africanas, y otras, en las que no hay una distinción evidente entre las personas migrantes y no migrantes que las practican. Incluso, aunque las prácticas sean de origen extranjero, estas llegan a ser difundidas por profesoras/es no migrantes.

A pesar de lo sucinto de estos ejemplos, la intención es llamar

baile, un festival o un carnaval, son imponderables. Sin embargo, además de facilitar la expresión de identidades y la participación cultural, la co-presencia también brinda la oportunidad de producir aperturas políticas, no necesariamente de una manera calculable y racional, sino que también pueden ser no intencionales y afectivas (Denzin, 2003; Isin y Nielsen, 2008).

Disposiciones hacia una sociedad postmigrante

Según Wiest (2020), la postmigración ha sido acogida como perspectiva de análisis por los estudios urbanos, migratorios y culturales, para abordar las negociaciones de los estilos

deseable, o de entender la migración como una fase superada –lo que podría ser sugerido por el sufijo “post” de la palabra–, este enfoque invita a dejar de poner el acento en las personas migrantes y orientarse hacia las relaciones de poder y las transacciones que se despliegan en la sociedad en su conjunto, con el aumento y la diversificación de los desplazamientos (Meera et al., 2021).

Aunque los análisis bajo esta perspectiva tienen un marcado anclaje local, también asumen que hay una multiplicidad de asimetrías multiescalares que influyen en la configuración de las sociedades. De esta manera, la postmigración permite comprender que buena parte de los flujos migratorios son producidos por un entramado de desigualdades de alcance global, que obligan a las personas a dejar sus lugares de origen, pero, también, que la etiqueta de la migración permite legitimar discursos y prácticas de marginalización y discriminación construidas y arraigadas históricamente. En otras palabras, se pone en cuestión la supuesta normalidad de las sociedades “receptoras”, que atribuyen sus problemas –como la inseguridad, la pérdida de empleos y la mala distribución de los beneficios sociales– a la inmigración (Wiest, 2020).

Volviendo a algunos de los hallazgos de la exploración sobre prácticas culturales de personas migrantes, quisiera enumerar algunas limitantes para la participación cultural, las cuales afectan, especialmente, los primeros años de residencia en Chile: i) Desconocimiento de comunidades y lugares de práctica; ii) inestabilidad económica y/o laboral que les impide costear los gastos de inscripción e implementos necesarios y les restringe los horarios para participar en actividades



la atención sobre la capacidad que tienen el arte y la cultura para desdibujar los límites con “lo ajeno”. Desde una perspectiva corporal, espacial y performativa, las posibilidades de interpretación y de acción de quienes se ven involucradas/os como participantes, o como público de una clase de

de vida y la cultura, entendiendo que estas pueden tener lugar en prácticas rutinarias o en fenómenos artísticos, e involucrar procesos de apropiación y producción espacial, tal como puede verse en los ejemplos mencionado en la sección anterior. Lejos de asumir acríticamente la integración como un proceso

² Festival organizado por la Fundación Kultura Itinerante, desde hace más de 10 años.



artísticas y/o culturales; iii) irregularidad en su estatus migratorio, que coarta el interés de aparecer en público o llamar la atención; iv) en el caso de quienes se dedican a las prácticas artísticas como actividad profesional, se enfrentan a un sector precario que les empuja a optar por emplearse en otros rubros, para obtener un sustento básico y un contrato de trabajo que les ayude con la regularización de su estatus migratorio. Estos puntos no son resultado de un análisis exhaustivo aún, sino algunas inferencias extraídas de observaciones y conversaciones sostenidas durante el proceso investigativo, que pueden ser pertinentes a la luz del ejercicio de la gestión cultural.

Ahora bien, si retomamos los enunciados del principio de este apartado y dejamos fuera lo que refiere al estatus migratorio, esta lista de limitantes para la participación cultural podría ser compartida por el resto de la sociedad chilena. Por tanto, frente al actual contexto migratorio –además de ser un momento histórico en el que se han multiplicado la incertidumbre y los encuentros con personas “otras” o “diferentes”–, una nueva perspectiva de análisis también nos permitiría reconocer que estamos ante un fenómeno que pone en evidencia las vulnerabilidades propias.

Es una casualidad que, nuevamente, escribo para esta revista ad portas de un nuevo plebiscito constitucional. No obstante, esta vez una de las banderas de la campaña “a favor”, es la incorporación en la propuesta de un artículo que considera la expulsión de personas que entren al país por pasos no habilitados, aunque se haya denunciado que esto tiene asociados obstáculos administrativos, vulneración de derechos fundamentales



e incumplimiento de compromisos internacionales adquiridos por el Estado de Chile (Araneda, 2023). Según lo que he tratado de plantear hasta este punto, y en línea con los apuntes de Bauman, esto demuestra que las necesidades más inmediatas y evidentes se siguen vinculando a factores externos, pero los problemas sociales más profundos siguen siendo desplazados a un segundo plano:

“La securitización es un truco de prestidigitador, calculado para ser solo eso; consiste en desplazar la preocupación ciudadana de problemas que los gobiernos son incapaces de manejar (o que no están dispuestos siquiera a intentar manejar) hacia otros problemas en los que sí sea visible su compromiso y la efectividad (ocasional) de su gestión” (Bauman, 2016, p. 323).

Reflexiones de cierre

En estas pocas páginas, el propósito ha sido llamar la atención sobre la importancia de re-politizar conceptos que guían actualmente la gestión cultural como la diversidad, los derechos y la participación. Más allá de entender que las conquistas por el reconocimiento de las diferencias son fruto de procesos históricos, también debemos tener presente que vivimos en sociedades profundamente desiguales, en las que se dificulta la sociabilidad y la convivencia, y nada garantiza que esas conquistas se sostengan en el tiempo. Por tanto, la idea es insistir en la necesidad de adquirir un compromiso ético y político en el ejercicio de la gestión cultural, buscando decididamente incidir en la reducción de las desigualdades y el reconocimiento respetuoso de la diferencia.

La mejor manera de conmemorar los diez años de esta revista, es seguir participando en los debates sobre los desafíos que implica hacer gestión cultural en sociedades cada vez más complejas e interdependientes, buscando nuevos marcos de análisis que se ajusten a ello. Reflexiones en esta línea no solo apuntan a cerrar el paso a la discriminación y marginalización de aquellas personas que encarnan “la diferencia”; también son importantes para pensar en nuevas maneras de encontrarnos y relacionarnos entre nosotras/os y con el entorno. No hay que olvidar que, desde los años 90, la diversidad cultural se ha considerado una estrategia deseable para poner freno a la homogeneidad asociada a la globalización, y a un modelo único de desarrollo basado en la industrialización y el extractivismo, que por cierto nos ha llevado a la devastación ecológica.

Referencias

- Antoine, C. (2019). Nuevos actores en la cultura: El aporte de la migración al medio artístico y cultural chileno. Lo que dicen las cifras sobre la presencia de artistas y profesionales de la cultura entre los migrantes en los años 2008 - 2018 y los desafíos para la gestión cultural. *Revista MGC N° 13*, 21-27.
- Araneda, F. (27 de septiembre de 2023). Servicio Jesuita Migrante y enmienda sobre migración irregular: “La seriedad del proyecto constitucional se debilita (...) tiene tintes más de efecto mediático.” *Diario y Radio Universidad Chile*. <https://radio.uchile.cl/2023/09/27/servicio-jesuita-migrante-y-enmienda-sobre-migracion-irregular-la-seriedad-del-proyecto-constitucional-se-debilita-tiene-tintes-mas-de-efecto-mediatico/>
- Bauman, Z. (2016). *Extraños llamando a la puerta* (E. digital: Diegoan, Ed.; ebook).
- Denzin, N. K. (2003). *Performance ethnography: critical pedagogy and the politics of culture*. Sage Publications.
- Duarte Bernal, D. (2021). Derechos, espacio e interculturalidad: Reflexiones desde las migraciones para la gestión cultural. *Revista MGC N° 18*, 34-37.
- Facuse Muñoz, M. (2019). Escenas musicales migrantes: gestión cultural, Identidad e interculturalidad. *Revista MGC N° 13*, 42-45.
- Isin, E. F., y Nielsen, G. M. (Eds.). (2008). *Acts of Citizenship*. Zed Books.
- Matthey, G. (ed). (2013). Editorial. *Revista MGC N° 1*, 4.
- Meera Gaonkar, A., Øst Hansen, A., Post, H. C., y Schramm, M. (Eds.). (2021). *Postmigration. Art, Culture, and Politics in Contemporary Europe*. transcript.
- Póo Figueroa, X. (2015). Santiago como “espacio de juego” de la migración: Las marcas culturales como posibilidad política. *Revista MGC N° 5*, 18-21.
- Soto Labbé, M. P. (2015). Territorios e identidades. El cuerpo como territorio. *Revista MGC N° 5*, 8-13.
- Wiest, K. (2020). Preface: Postmigrant city? Urban migration societies as a starting point for a normative-critical reorientation in urban studies. *Geographica Helvetica*, 75, 1-10. <https://doi.org/10.5194/gh-75-1-2020>

